

# EL TRABAJO

PERIÓDICO OBRERO BIMENSUAL

Redacción y Administración: Estrella, 110

**A NUESTROS LECTORES**

Causas del todo ajenas a la voluntad de la representación que suscribe, obligan a interrumpir temporalmente la publicación de EL TRABAJO.

Tan pronto como dichas causas hayan desaparecido, lo que esperamos, será muy en breve, y esperando que nuestra modesta publicación será tan bien acogida en su segunda época como lo ha sido en la primera, EL TRABAJO volverá al palenque periodístico, dispuesto como siempre a reñir batalla contra los enemigos de la clase obrera y con algunas reformas en su cuerpo Administrativo y de Redacción, reformas que en adelante harán imposibles interrupciones como la que hoy tenemos el sentimiento de anunciar a nuestros lectores.

El Consejo Federativo.

## REFLEXIONES

### El comunismo

No acierto a ver ni los medios de tan brusca transición ni los de constituir la sociedad futura. Si sobre esto hay en los anarquistas algo racional y claro, es la tendencia al comunismo que no pocos autores consideran antítesis de la anarquía. Al comunismo va Kropotkins, bien que advirtiendo que va al comunismo anárquico.

El comunismo es el sueño de las bellas almas. Practicábalo Cristo con sus Apóstoles; y, al despedirse de la vida, lo fortalecía repartiéndoles su pan, que decía ser su cuerpo, y su vino, que decía ser su sangre. Siguiéron los Apóstoles y los discípulos observándolo después de haber expirado en la cruz el Maestro hasta que se lo impidieron, por una parte la persecución, y por otra el incremento de la Iglesia, extendida ya fuera de los muros de Jerusalén la Santa. Aún entonces lo recordaban en sus célebres agapes, modestos banquetes por los que mantenían vivos los lazos que unian sus corazones.

Vieron constantemente los cristianos en el comunismo la sociedad perfecta. De aquí la creación de las comunidades religiosas y las alteraciones de los anabaptistas y los heremitas; éstas de corta vida, aquéllas tan durables, que han llegado hasta nosotros a través de los siglos. Hasta en su cielo ven los cristianos al comunismo.

Más o menos calurosamente han abogado por él todos los grandes escritores católicos de la Edad Moderna: entre ellos Tomás Moro, que llegó a canceller de Inglaterra y prefirió morir bajo el hacha del verdugo a reconocer el pontificado de su monarca. Recibió la Utopía de Moro el aplauso de todos los hombres doctos de Europa, y en el Paraguay fue realizada por los jesuitas.

De los filósofos, así antiguos como modernos, cuántos no defendieron y aún practicaron el comunismo! Lo practicaron los discípulos de Pitágoras y de Epicuro. Lo propusieron Platón y Plotino, casi el alfa y la omega de la filosofía de los griegos.

Tomó cuerpo en el pasado siglo la doctrina,

898 VII

y ensalzaron el comunismo Mably, Morelli y Babeuf, que murió por haber querido establecerlo. Desde entonces a los reformadores todos quien más, quien menos, lo han reproducido bajo diversas formas aun pareciendo reprobarlo. Cabet, el más entusiasta y el más explícito, quiso ensayarlo y fué a fundar una colonia en Tejas. No creyó posible realizarlo en Francia.

El tránsito de la actual organización al comunismo sería verdaderamente difícil, máxime si se lo quisiera conciliar, como Kropotkine pretende, con la anarquía. Aplicado a toda una nación no conozco sino el de los antiguos peruanos, que pasaban de diez millones y se extendían por un territorio de cerca de dos millones de kilómetros. No eran ni iguales ni libres, eran todos siervos del Estado, allí más poderoso que en parte alguna del mundo. Vivía el pueblo sistemáticamente condenado a la ignorancia. Las familias por cientos y aun por miles debían trasladarse de la una a la otra extremidad del Imperio, siempre que lo considerasen necesario los Incas para el fomento de la agricultura o la consolidación de sus conquistas. El trabajo era forzoso; la holganza, un delito. La organización social complicadísima.

A pesar de lo que ese antiguo Perú nos enseña, creemos compatible el comunismo, no solo la igualdad, sino también la libertad política. Compatibles creemos además con él, así el desarrollo de la ciencia como el del arte. Distamos de pensar, como tantos otros piensan, que solo bajo la actual organización quepa el progreso. Ni es la codicia aguijón único del hombre, ni deja de funcionar nuestro espíritu porque le falte ajeno impulso.

Con lo que consideramos incompatible el comunismo es con la ausencia de toda dirección y de todo centro. Aun cuando se le extendiese a la humanidad toda o se limitase al municipio, habría siempre necesidad de constituirlo bajo reglas y condiciones que, después de constituido, lo serían de su conservación y régimen. Sin un organismo cualquiera, cómo se lo sostendría. Ningún pueblo puede vivir de sí mismo: las relaciones de comercio que hoy determina el interés individual, cómo sin una dirección podría el interés colectivo determinarlas?

(De El Nuevo Régimen)

## El abismo

¡Prodigioso palacio rodeado de huertas y jardines! ¡Qué frutos tan hermosos penden de los árboles! ¡Qué delicadas flores visten el campo y embalsaman el ambiente!

¡Cuéntame, poderoso, la historia de tantas maravillas.

—Cuando ya nos habíamos repartido el mundo, no quedaba sino poblar, por inaccesible, más que un abismo, muy hondo.

La piedra arrojada en él tardaba en llegar al fondo años enteros.

La tábala vetérona que allí caía dejaba estrididos piel y huesos en los salientes de las rocas que formaban las paredes de la sima.

Nadie se asomaba al abismo que no se sintiese atraído por el vértigo.

Como huido del cielo, un hombre más llegó a la tierra.

—Quiero vivir,—decía el insensato.

Y entró en la ciudad y trató de acomodarse en la primera casa que encontró.

Echáronle de ella porque la casa tenía su dueño y él nada podía ni quería pagar por el hospedaje.

—Quiero vivir,—repetía el loco. É intentó, una por una, entrar en todas las viviendas, y de todas le despidieron.

—Quiero vivir,—y trató de levantarse una choza con piedras que trajo de la montaña sobre sus hombros, y maderas que arrancó de los árboles del bosque, pero como tenía el monte dueño y el bosque era del rey, y la tierra en que pretendía levantar su choza era del cobdajo, quitáronle piedras y maderas y arrojaronle de la ciudad.

—Quiero vivir,—repetía el desdichado. Y recorriendo carreteras y campos, sin hallar acomodo en parte alguna porque todo estaba ya dado, recorrió el mundo.

Compadecida una mujer de su extraña locura, le detuvo a la sombra de un árbol y le hizo conocer el amor.

Fué el primer consuelo que recibió, aquel hombre en su vida.

—Si me amas,—le dijo un día la mujer,—obéceme.

El hombre la amaba tiernamente, porque había tenido de ella muchos hijos, y la prometió obedecerla.

—Mira,—le dijo la mujer,—unos nacen ricos y otros pobres. Los pobres deben servir á los ricos. Si quieres que seamos felices, vayamos á ofrecer nuestros brazos y nuestras fuerzas al señor de aquel palacio que ves á lo lejos. Nos dará de comer todos los días y nos dejará vivir bajo techado.

Lleno de admiración, respondió el loco:

—Mios son mis brazos y mías mis fuerzas. No me las ha dado el señor de ese palacio. Brazos y fuerzas me bastan para proporcionarme lo que él se proporciona. Mira ese pájaro que vuela, mira aquella corza que corre: ¿quieren vivir y viven! ¿Por qué no hemos de conseguir lo mismo nosotros? No hemos logrado aún poner el pié sobre tierra que no sea de alguien. ¿Quién ha podido condenarnos antes de nacer á no detenernos nunca? ¿Dónde está el trozo de tierra que ha de sustentarnos? ¿Por qué somos menos que la corza que corre y el pájaro que vuela? Los que nos dicen que todo es suyo son enemigos míos á quienes no he hecho más agravio que venir al mundo. ¡Ah! Tú me has engañado, tú me has dado tu amor para esclavizarme, tú eres con ellos mi enemiga.

Y en un acceso de furor mató el loco á la pobre mujer.

Pero, repuesto luego, comenzó á llorar sobre el cadáver de su amiga.

—¡Pobre amada mía!—dijo regándola de amargas lágrimas.—Tú no tratabas de engañarme. No hacías sino transmitirme el engaño de que la maldad de los hombres te hizo víctima. Quiero morir contigo llorando sobre tu tumba. Escogeré un paraje hermoso al borde de un camino y allí cavaré tu sepulcro. Los hombres, seguramente más piadosos con los muertos que con los vivos, se encargarán cuando yo muera de sepultarme á tu lado.

Cargó en sus hombros el cadáver, y al borde de un camino, bajo la sombra de un álamo, se puso á cavar la fosa.

Vió un trabajador, y le dijo que aquella tierra tenía dueño y no estaba permitido enterrar en ella á nadie.

Fué más allá, más allá y más allá, y, en todas partes donde comenzó á cavar la fosa, en todas le dijeron lo mismo.

—¿Qué hacéis,—preguntó entonces el infeliz,—con los que mueren?

—No sabes,—le respondieron,—que hay un lugar santo donde, bajo cruces, flores y símbolos, descansan los muertos?

Encamináronle, y fué con el cadáver á un cementerio.

Recibióle un sacerdote, que le preguntó mil cosas que no entendió el loco, y, solo á título de tal, le dejó pasar con su carga.

En el lugar que le pareció más hermoso se puso el desdichado á cavar la sepultura.

Pero de nuevo le detuvieron en su tarea. Un sepulturero le enseñó una fosa muy grande, donde unos hombres yacían un carro lleno de descuartizados humanos restos.

—Arroja ahí tu carga,—le dijo.—Ese es el sepulcro de los pobres.

Lleno de terror, escapó de aquel lugar el hombre, siempre llevando consigo el cadáver de su amada.

Y corrió, y corrió desesperado hasta llegar al borde del abismo.

—¿De quién es ese abismo?—preguntó á un aldeano que pasaba.

—Como para nada sirve, de nadie es,—contestó el aldeano.

—Hé ahí lo único que puede ser mío,—pritó satisfecho el loco.—Corramos, pobre amada mía, al lugar que los que llegaron antes nos han reservado.

Y de un salto se arrojó con su carga al abismo.

El eco repitió el ruido que hicieron al romperse rodando al fondo los dos cuerpos, y llegada la noche, solo la luna pudo llegar á ellos con sus rayos de plata.

Miles de generaciones, hijas de la desgraciada pareja, fueron luego imitando su conducta y llenando con sus cuerpos el abismo.

De suicidas y desesperados se colmó al fin, y el tiempo y las lluvias desmenuzaron los huesos y convirtieron en limo las carnes. El lodo volvió al lodo.

Desaparecido aquel abismo, como antes desaparecieron otros, y otros desaparecerán despues, quedó un lugar más por habitar. Sobre él he construido mi palacio. De aquella sangre y de aquella carne están formados esos frutos hermosos que penden de los árboles, esas delicadas flores que visten el campo y embalsaman el ambiente.

—¿Dónde van, poderoso, los que, como aquel hombre, no hallan suelo donde poner la planta, ni palmo de tierra en que dormir el sueño eterno?

—Van á llenar otros y otros abismos tan hondos como aquel.

—¡Prodigioso palacio, rodeado de huertas y jardines! ¡Qué frutos tan hermosos penden de los árboles! ¡Qué delicadas flores visten el campo y embalsaman el ambiente!

No cuentes á nadie, poderoso, la negra historia de tantas maravillas.

F. PI Y ARSUAGA.

## ESTUDIOS SOCIALES

### Apuntes sobre legislación obrera

No es por el momento mi propósito comparar las leyes de 30 de Enero y de 13 de Marzo últimos, sobre los accidentes del trabajo la primera y concerniente al de los niños y las mujeres la segunda, con la ya floreciente y exuberante legislación obrera vigente en otras más afortunadas naciones; y cuenta que sería de singular oportunidad, en los presentes momentos, hablar aquí, en Cataluña—donde no escasean entre ciertos elementos de privilegios que se les escapan de las manos, sueñan en una regresión, á la producción individualista de edades pasadas—de legislaciones tales como la australiana; que no ha parado hasta penetrar y ejercer su función fiscalizadora y tutelar en los más sigilosos y rudimentarios focos de producción, á pesar del espíritu eminentemente expansivo y liberal que al pueblo australiano caracteriza.

Ciño, hoy por hoy, mi tarea á indicar algo de lo que podría hacerse para dar condiciones de viabilidad á las dos citadas leyes españolas, si es que sus autores se hallan decididos á impedir que aquéllas caigan en el desuso en que tantas otras cayeron.

Desde luego, y puesto que el derecho sustantivo es un cuerpo sin miembros cuando no le acompaña el derecho adjetivo, de la propia suerte que se convierte en inútil artefacto la mejor locomotora como no se la coloque sobre rieles debidamente afirmados, importa dar medios de que hagan cumplir las indi-

cidas leyes á aquellos en cuyo favor han sido promulgadas, siendo de entre ellos el más expedito el de otorgar personalidad á los Sindicatos obreros profesionales, para la defensa de los derechos é intereses de sus asociados.

Plausible es el propósito revelado en el artículo 14 de la ley sobre los accidentes del trabajo, y en cuya virtud se crearán Tribunales ó Jurados especiales para la aplicación de dicha ley—para entender en cuanto afecte á los derechos del obrero, debiera decir;—pero como, interin no se creen dichos Tribunales, deberán, al tenor del propio artículo, conocer de los conflictos que surgieren, los jueces de primera instancia, es indudable que ese procedimiento acarreará gastos que la inmensa mayoría de los obreros no podrán sufragar. Con efecto; si los reclamantes se pasan sin procurador—cosa que pueden hacer, por tratarse de juicios que tendrán el carácter de verbales,—perderán las horas de trabajo que hayan de invertir en la sustanciación del juicio; si se valen de dicho auxiliar, habrán de otorgarle poderes. Todo ello amén de que muchos obreros no se atreverán á demandar á sus patronos.

Se hace, pues, necesario reconocer en los Sindicatos obreros profesionales personalidad bastante para ejercitar, en nombre de sus asociados, todas las acciones y excepciones que, en punto á las relaciones entre el capital y el trabajo, puedan á cualquiera de dichos asociados competir. De esta suerte, cada Sindicato podría nombrar en un solo acto los procuradores que tuviera á bien y éstos ostentar la representación de todos los socios del Sindicato respectivo.

Ese principio por que abogo se halla ya implícitamente contenido en la ley reguladora del trabajo de los niños y de las mujeres, cuyo artículo 18 declara pública la acción para denunciar las infracciones de dicha ley, aparte de que el artículo 15 de la misma es todavía más explícito en ese sentido, ya que autoriza á toda Asociación legalmente constituida, sea de obreros, sea de patronos, sea mixta de unos y otros, para formalizar reclamaciones ante las autoridades locales. Pero, en desquite, el artículo 7.º de la propia disposición legal declara, en su párrafo primero, ser de la incumbencia del ministro de la Gobernación el nombramiento de las Juntas provinciales y locales creadas por dicha ley y, en el párrafo cuarto, que las últimas se compondrán de un número igual de patronos y de obreros, sin que en todo el artículo citado se diga una pa-

abra respecto del criterio que habrá de presidir á la designación.

Si de buena fe se trata de hacer algo en favor de la clase obrera, es de todo punto indispensable que por la ley se haga entender á los patronos que las Asociaciones obreras son por lo menos tan respetables como pueda serlo la más presuntuosa de las Asociaciones de la mesocracia. Con frecuencia la burguesía, no satisfecha con explotar como hombres á sus obreros, los sojuzga también como ciudadanos, colocándose por encima de la Constitución de la monarquía, cosa que ni al jefe del Estado le está permitido hacer. El párrafo tercero del artículo 13 de dicha Constitución reconoce á todo español el derecho "de asociarse para los fines de la vida humana"; pero la mayoría de los burgueses le dice al trabajador: "Si te asocias con tus compañeros, te dejaremos sin pan". La maldición bíblica se limitó á decir al hombre: "Ganarás el pan con el sudor de tu frente"; la maldición burguesa, yendo más allá, le ha dicho al trabajador: "Ni con el sudor de tu frente ganarás el pan de tus hijos, si no te rindes incondicionalmente á las condiciones que se me antoje imponerte."

Ese estado de cosas no concluirá mientras la ley no obligue á los patronos á reconocer las Sociedades obreras, y uno de los medios indirectos de obligar á ese reconocimiento consiste en que se revista á aquellas Asociaciones de toda la autoridad de que sean susceptibles.

Dispóngase que los Sindicatos obreros profesionales tendrán personalidad para comparecer en juicio en nombre de cualquiera de sus asociados; que serán ellos quienes deberán elegir á los obreros que hayan de formar parte de las Juntas locales, y se habrá dado un importante paso en la obra que, según se afirma, en favor de la clase obrera se trata de acometer.

J. SALAS ANTON.

(De *El Diluvio*)

### EL BUITRE GENEROSO

Sojeteando su presa con las garras y hundiendo en ella el corvo pico, un buitre sacaba á tiras las entrañas de un corderillo, vivo todavía.

—No temas que te mate—decía el buitre con dulzura;—puedes vivir un rato. Yo desciendo del ave filológica que roe las entrañas á Prometeo, y sé

prolongar la vida de mis víctimas. Vive, querido corderillo, mientras como.

Y el buitre, al hablar así, escarbaba el vientre del cordero, buscando delicadamente los tejidos menos indispensables para la vida, mientras el desdichado animal se retorció de dolor y balaba con angustia.

—Ya me has sacado los ojos; me has desgarrado el cuerpo—dijo la víctima.—Tu pico me barrená sin compasión; mátame de una vez.

—No te matará mientras pueda—dijo desde su agujero un animalillo que no se atrevió á sacar el cuerpo;—le conozco; solo te conserva ese resto de vida para comer calientes tus entrañas.

Hay protectores en el mundo como el buitre, y protegidos que viven de su generosidad, á la manera del cordero.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREDDÓN.

(De *La España Moderna*.)

### LA REACCION

Congratulémonos, liberales de todos los matices. Nuestros enemigos, los enemigos de todo lo que no sea lo suyo, están recibiendo inequívocas pruebas del *aprecio y simpatías* que han sabido captarse entre todas las clases sociales. Ya no son el vulgo, la canalla, la hez de la sociedad, los holgazanes de cafés y tabernas, los mozos atolondrados y podridos de vicios, los casados sin honra y sayones de sus mujeres y demás que, según á diario pueda leerse en las porquerías con honores de hojas ó periódicos que editan frailes y jesuitas, aplauden los tribunos revolucionarios; sostienen escuelas laicas y pertenecen á ligas anticlericales los que combaten la preponderancia que por solapados medios va adquiriendo el clericalismo: contra este está la opinión en masa, la opinión encarnada en todo el pueblo trabajador, en una gran parte del mundo intelectual y político y en un no escaso número de personas tan devotas del dogma como enemigas de tanto fraile, moja y jesuita como á su sombra vive y medra, buscando la satisfacción de immoderadas ambiciones; conspirando á cada momento contra todo aquello que, por significar libertad y progreso, pueda venir en detrimento de sus lucrativos negocios ó á disminuir lo que por múltiples razones han podido creer hasta ahora su omnipotente acobardía.

¿Qué causas han determinado esta general protesta, este inusitado movimiento anticlerical? A nuestro entender, las mismas que en este y en otros siglos determinaron movimientos parecidos.

La desmesurada ambición del clero, su corrupción, los excesos de la curia romana, el paganismo de la Roma papal, el repugnante tráfico de las indulgencias y otros *excesos* por el estilo allanaron el camino por el cual llevó Lutero su triunfante Reforma. Las injusticias, las enormidades cometidas á la sombra del llamado derecho divino, facilitaron la obra demoleadora y creadora á la vez de la revolución francesa. La desmedida ambición de nuestros fraileunos y jesuíticos ejércitos, su descarado y agresivo acaparamiento, así en el orden moral como material, de todo lo que puede reportarles algún provecho, ha determinado los procedimientos radicales de que va á echar mano el gobierno francés para darles la puntilla á los elementos clericales que le tienen en continua zozobra, ha preparado el ruidoso éxito que acaba de obtener *Electra* en la más escéptica de nuestras poblaciones y ha dado ocasión á los escándalos que cual reguero de pólvora encendida se vienen sucediendo unos á otros en los cuatro puntos cardinales de nuestra desventurada España.

En Francia como en España y en España como en todos los países donde la clerigalla logra sentar sus reales, el único objeto que persiguen las órdenes religiosas es, aparte el aumento continuo de sus bienes semovientes, muebles é inmuebles, retrotraer la sociedad á los buenos tiempos del absolutismo.

Sienten la nostalgia de la Edad Media, edad de oro para ellos, y echan de menos aquellas mesnadas de ignorantes siervos que acudían á escuchar devotamente sus pláticas huecas y faltas de buen sentido. El progreso, los adelantos, les hacen daño, pues no se les escapa que á la par que aquellos aumentan, disminuye su influencia en la sociedad. Abominan de la ciencia, porque ven en ella una negación incontestable de sus teológicos engendros. Darwin y Haeckel son para ellos dos desequilibrados; una pandilla de ladrones y borrachos, todos los que se explican el origen de la especie humana por medio de sus teorías.

Como león herido en la parte más sensible de su cuerpo, están siempre prestos á lanzarse sobre todo síntoma de libertad que pueda descarriar sus rebañes de bienaventurados. Tienen, forzoso es re-

conocerlo, del rey del desierto la acometida, pero les falta su nobleza. Sus medios de lucha son bien conocidos. La baja intriga, la seducción de mayor cuando las circunstancias la favorecen, la corrupción de menores, realizada, continua y metódicamente, en esos grandes edificios que llevan el nombre de colegios, he ahí los de más importancia y los que con preferencia se deben combatir.

Consecuentes é incansables las órdenes religiosas en su tarea de dominio y absorción, han podido reconquistar durante estos últimos años parte de su antiguo esplendor, han aumentado en número y en importancia algunas de las que había existentes, han multiplicado el número de los edificios de que se dicen meros administradores, tienen participación en muchas y grandes empresas mercantiles é industriales, se han metido á fabricantes de licores, de telas, de medicinas, de chocolate y de no sabemos cuantas cosas más, han logrado introducir en los parlamentos un buen número de diputados ultramontanos que les guardan las espaldas....., en fin, faltaba un último empuje, y el mundo volvía á ser para ellos aquella balsa de aceite de que nos hablan los místicos apologistas de la Edad Media. Y he nos ahí transportados como por arte de encantamiento á los siglos aquellos en que el diablo andasuelto, acompañado de brujas y duendes, y en que se tenía por Dios al Papa, por oráculo al más ignorante de los frailes, la Escolástica por todo sistema filosófico, la magia y la hechicería por toda ciencia, el privilegio por derecho, el feudalismo por orden social, la sopa de los conventos por toda garantía, el capricho de bailios y senegales por ley, los juicios de Dios por pruebas y el tormento por procedimiento. ¡Soberbios tiempos los que acabamos de recordar!

Por fortuna, el gobierno de la vecina república no se ha dejado coger desprevenido por los fraileunos elementos que de algún tiempo á esta parte venían haciendo trabajos de zapa para corromper el espíritu liberal del pueblo francés, siendo casi seguro que antes de poco la promulgación de una nueva ley de asociación pondrá el oportuno y necesario freno á los desmanes de esos mentidos representantes de un Dios todo humildad, tolerancia y amor.

Antes de poco, también, es casi seguro que caerá sobre nosotros un temporal deshecho de tocas y sayales que procurarán resarcirse aquí de lo que allá hayan perdido. Que entrarán aquí como Pedro-

por su casa, no debemos decirlo, pues es ya cosa legendaria el apocamiento y la falta de energías en nuestros gobiernos. Una vez aquí, se instalarán como mejor puedan en los ya repletos edificios que tienen las órdenes religiosas esparcidos por la península, y á los peninsulares nos cabrá el honor de proveer la cocina y la bodega de los intrusos.

Pero ¿dónde vamos á parar? Hablamos ya de cocina y bodega y falta aún saber como va á recibirlos el pueblo español.

Aguardemos que el recibimiento se haya efectuado.

### La moderna lucha de clases

**Su significado.**

Contra esa decadencia y esa disolución surge el movimiento obrero, se despierta la conciencia obrera.

Ella comprende que, siendo el propietario en la actualidad un peso muerto sobre la producción, completamente inútil para ella, la parte que él saca del producto, al cual no coopera, para pagar su lujo ó sus vicios, para mantener la burocracia y los ejércitos en su exclusiva defensa, para corromperse y corromper al mundo, esta enorme parte que saca, viene á ser á su vez un absurdo. Siendo colectiva la producción, colectivo debe ser el reparto de los valores, según los méritos y las necesidades de cada uno; que quien, pudiendo trabajar, no trabaja, no tiene derecho de comer, y que quien vive con el sudor de los demás, no tiene derecho de vivir.

La conciencia obrera ha comprendido que la riqueza, la fuerza y el poder de los poderosos del mundo, no son más que el producto del trabajo y de las penurias de los trabajadores, y que si grandes multitudes de empleados y obreros del pensamiento están al servicio de esos pocos contra la inmensa mayoría, es porque esos pocos supieron armarse y permanecer, por tal medio los más fuertes. Pero la fuerza de las fuerzas, sabiéndola manejar, está siempre en la virtud del trabajo, y solamente quien todo lo produce puede destruirlo, todo, porque sabría reedificarlo todo de nuevo.

Ha comprendido que en el mundo industrial moderno quien tiene las riquezas tiene todos los demás poderes; que la libertad es un nombre vano y una ironía feroz para el que no tiene nada y nada puede.

Ha comprendido que los esfuerzos del obrero aislado para emanciparse son tan insensatos como querer levantar por sí solo y sin palanca alguna un enorme peso, y que solo la unión iluminada y consciente y la voluntad férrea, compacta y pertinaz de los interesados, puede sacar de quicio el eje de la constitución social actual.

Ha comprendido, en fin, que ya nada se opone á que el mundo industrial, este verdadero infierno, se convierta en un paraíso terrestre, en una gran cooperativa de socios y de hermanos, interesados, no ya en devorarse y desbajarse los unos á los otros, sino en amarse y ayudarse, que ya nada se opone á ello, excepto el obstáculo que impide precisamente el florecimiento de las cooperativas, es decir, la falta entre los trabajadores de la posesión colectiva de los capitales, y que los capitales es preciso tomarlos donde se encuentran, donde el trabajo de todos, durante millares de años, ha contribuido á crearlos.

Y ha enarbolado á este fin, la bandera de la lucha de clases.

### La Conquista del Poder.

Más en los primeros pasos de la lucha divisó otro obstáculo, más fuerte que todos, obstáculo que al principio no había sospechado.

Vió que la clase expropiadora, la burguesía capitalista, había organizado su poder en las leyes y en las instituciones administrativas y políticas; que había acompañado en los Municipios, en el Estado, en la Escuela, en el Tribunal, etc., etc., y que de estas instituciones se servía para interceptar el paso al movimiento obrero.

Y entonces, amestrada por dolorosas experiencias, comprendió la clase obrera que le era preciso seguir el mismo camino, imitar igual conducta.

Comprendió que la violencia repentina, inmediata, si puede alcanzar un cambio simplemente político, destronar un príncipe ó dispersar momentáneamente un ejército, no podrá nunca por sí sola cambiar profundamente la estructura económica de una sociedad, mientras ofrece excelentes pretextos á los dominadores para saquear á los pueblos y enervar las mejores energías.

Comprendió que los Parlamentos, los Municipios, todas las instituciones organizadas, son instrumentos potentísimos de dominación—que difícilmente se podrían destruir,—pero de los cuales podría, en cambio, poseerlos y servirse.

Comprendió que el voto, ese instrumento de engaños y de intrigas, de vanidad y de ambiciones mientras ha sido manejado únicamente por los dominadores, podría en cambio—manejado por los trabajadores en defensa de sus intereses,—convertirse, no solo en un medio de reclutamiento del partido y de desplegar y contar sus fuerzas, sino también en la más segura de las armas para conquistar un ascenso cada vez mayor, en la vida pública, y una vez conquistado poderlo conservar.

Al lado de esa arma, la dinamita y el más terrible de los explosivos, son simples juguetes de niños. En suma de todo: que la clase obrera se organizó como partido político independiente, y en la bandera enarbolada de la lucha de clases, ha inscrito: **Conquista del Poder.** Con esa bandera y por ese camino, el proletario

niado militante avanza, lento, pero seguro, á la meta luminosa, arrastrando consigo la muchedumbre innumerable entre el terror de los tiranos públicos y privados; desafiando la calumnia y el sarcasmo de los enemigos, la conjuración inconsciente de los imbéciles y de los viles; afiliando cada día en sus filas nuevos reclutas, ya en el campo del trabajo manual ó en el de la inteligencia; atrayendo hacia sí las multitudes que están cerca, y que el movimiento vertiginoso del capitalismo ya precipitando en su seno; ó que ya sienten inevitable su caída. Camina y se convierte en la oleada que crece y avanza magestuosa, que arrastra á los obstáculos, que barre y fecunda el terreno.

Por ese camino el Proletariado, que no era nada, siente que se transforma en algo, y que mañana lo será todo: que con la victoria ya no será el Proletariado, la clase de los infimos, de los oprimidos, sino la "humanidad" entera, "laboriosa" y "fedida". Fuera de su seno, que habrá reunido todas las fuerzas útiles de la sociedad, no quedarán más que los parásitos obstinados, los elementos corrompidos, condenados á transformarse ó perecer.

Así la lucha de clases habrá alcanzado su fin último y grandioso: la abolición de las clases, la armonía de los intereses en la "justicia" pia del trabajo.

Entonces, por primera vez en tantos siglos, una "sociedad humana", de hecho, y no de nombre, será instaurada.

La lucha de clases moderna, animada por este gran ideal, ayudada por todas las fuerzas materiales de la evolución social, encarnada en la gran mayoría de los intereses y de las voluntades, no podrá dejar de alcanzar su meta. Viene á restaurar la propiedad sobre su base legítima: el trabajo, contra los expoliadores y usureros; á restaurar la familia disuelta ó mercantilizada en detrimento de la especie; á restituir una patria terrena al inmense pueblo que ya no tiene patria y que es engañado con la patria celeste; á realizar la libertad, la igualdad y la fraternidad, que el dominio burgués ha insultado y escarnecido; á abolir la guerra y los odios nacionales ó de clase; á fundar, en el violento desorden burgués, la paz y el orden.

Solo ella —la lucha de clases— puede inflamar aún de santo ardor las almas generosas; sustituir las religiones vacilantes y devolver la vida, el valor y los ideales perdidos:

Ella es la demolidora de la barbarie, la salvadora de la civilización en peligro.

**¿Y las otras clases?**

Se preguntará: ¿Y las otras clases? El mundo no se compone de obreros manuales solamente.

Analícemos un poco esas pretendidas "otras clases". Los campesinos ante todo. ¿Qué? ¿Acaso no son ellos los más explotados y los más míseros de los proletarios? Si la vanguardia es necesariamente obrera, el pueblo campesino deberá ciertamente seguirle. Para esto bastará con que despierte.

Los pequeños propietarios. Esta es gente de una anatomía complicada. Siendo de tintura abajo proletarios, tienen la ilusión de pertenecer de la cintu-

ra arriba á la clase directora. Por eso, mientras fueron los más numerosos, el Socialismo permaneció en estado de utopía.

Pero la evolución social, la expropiación continua de los pequeños por los grandes, los trunca precisamente por la cintura y no deja de ellos más que las piernas. Como los pequeños comerciantes, pequeños industriales, pequeños terratenientes y demás gente menuda, no son más que los proletarios de mañana. Y nosotros esperamos que lleguen á serlo.

— Sigue la inmensa categoría de los empleados, maestros de escuela, magistrados, técnicos, curas, soldados, etc; la categoría de los trabajadores que no son *exclusivamente* manuales. Si de estos se hace una décima parte, los que engullen magníficos honorarios, que intrigan con los poderosos y que también son propietarios, por lo menos virtuales, queda la turba innumerable de los proletarios de verdad y gaban, la plebe barnizada.

Aplastados por la gerarquía, no los liga otro lazo á los dominadores que el de la opresión. De corazón son ya nuestros en su mayoría; por el interés lo son todos. Solo se trata de que lo comprendan. Y vencidos por el ejemplo obrero, cada día una de sus falanges, arrojando de la librería, desciende, ó mejor dicho, sube hasta nosotros.

A muchos de ellos el sistema les obliga á un trabajo repugnante, haciéndolos servir en la lucha de clase de instrumentos de los dominadores con los verdaderos compañeros. Esa absurdo monstruoso los hará más altivamente rebeldes.

El Proletariado, que abraza ya en sus tres cuartas partes las energías útiles, abrazará mañana por completo todas las fuerzas vivas de la sociedad. Fuera de él no quedará más que el monstruo del parasitismo. Entre tanto, la batalla se inicia por los pelotones de los obreros de la industria, porque son ellos las víctimas más directas, y porque es su trabajo —todo útil— el que dará el molde á la nueva sociedad.

Por eso su bandera está en la primera fila y es la más vivida. A saca otras capas sociales —y no clases— no les queda más que ocupar su puesto. O seguirla ó combatirle.

ELABORADO POR FELIPE TURAT

Los discípulos de San Ignacio de Loyola están de malas estos días.

El vapuleo que han llevado en el Congreso de la república con ocasión de discutirse el proyecto de una nueva ley de asociaciones ha sido de los que forman época.

El que les ha dado Pérez Galdós con su drama *Electra* tampoco ha sido flojo.

Veremos quien se encargará de darles la puntilla. Sin cuyo requisito no vamos á librarnos de ellos hasta el día del juicio.

Imp. Ribera.—Sto. Domingo, 84.—SABADELL.

R. Casti  
Vana XI